

SUMARIO

CUENTO - ADULTOS

LA HILANDERA Y EL MAR.....	2
HUMEDAD.....	2
CASI UN DETECTIVE.....	4
LA MIRADA EMPAÑADA DE JUAN.....	6
EL ROCE.....	8

CUENTO - SUB 15

ESTAR EN PAZ.....	10
LOS SUEÑOS DE SOL.....	11

CUENTO - SUB 18

LA PUERTA.....	13
ME GUSTARÍA... ME GUSTAS.....	14
EL CUENTO.....	14
UMA.....	17
¿DIOS?.....	18
SIN TÍTULO.....	19
VELA.....	20
ESTRELLA DE 8 PUNTAS.....	22
ESCAPE.....	25

POESÍA - ADULTOS

LA PARTIDA.....	26
SETENTA VECES BESOS.....	26

POESÍA SUB 15

PARTES.....	28
-------------	----

POESÍA SUB 18

"Acordarse".....	28
LOS AMANTES.....	29
PÁJAROS ALADOS.....	29
MI TORTURA MÁS BONITA.....	30

CUENTO - ADULTOS

LA HILANDERA Y EL MAR

Alguna vez tuvo casa y familia.

Ahora tiene su sitio. Cerca de uno de los lobos marinos de piedra que escoltan la rambla de la ciudad de Mar del Plata.

Se sienta en medio de una hilera, en la fila de los artesanos y dispone en abanico sus tejidos. De eso vive. Sus dedos largos como agujas, describen pentagramas de lana. Las manos entrelazan movimientos sonoros en el aire. Toda ella es etérea y gris.

Hace mucho calor. Se incendia la tarde. Su espalda cóncava, despierta en cansancio. Toma un pequeño descanso y desciende displicente el camino hacia el mar. Sus pies, en libertad, desnudos, pisan la arena recalcitrante y blanda. Boca arriba contempla el cielo diáfano. Canta y ríe al mismo tiempo.

Una mañana la descubre sin herramientas. Sin tejidos. Ebria de lluvia en marzo, apostada en el último recodo del lugar, empieza a hilar una trama de sueños.

Arma trenzas de mariposas con su pelo plateado. Una vez terminadas, las corta con sus dientes. Ahora en el piso están a la venta. Nadie compra.

Se la llevan, la encierran y le dan techo y comida. Ella sigue tejiendo mariposas.

Cautiva en su cuarto, rapada, con la mirada exiliada, su boca murmura entre dientes, quien sabe qué cosa...

Es lana su cuerpo enredada entre los barrotes de la cama. Por fin, un cuarto vacío. Ella es mariposa.

Autora: Delia Ester Gattone

HUMEDAD

Esa noche bajé del tren cansada y apurada. Una voz femenina me nombró. ¿Quién me llama?, me dije, crispada por tener que detener mi marcha. Me di vuelta y vi una sombra –que en ese instante no reconocí– en el andén de enfrente. ¡Pero si es Sonia! Sonia, mi antigua compañera de trabajo.

–¿Qué hacés acá?

–Tu marido me dijo que volvías en este tren y vine a esperarte.

Hablamos nimiedades, del tiempo y del trabajo, mientras internamente me preguntaba: ¿a qué viene a verme a esta hora si hace años que no nos contactamos?, ¿qué necesitará? Está flaca, angustiada, ¿qué tendrá?

Sonia es muy linda, tiene un cuerpo hermoso y una estupenda piel morena, es dulce y trabajadora; lo que la mata es el carácter: es muy crédula. Tiene treinta y tantos pero no aparenta su edad. No tuvo suerte con los novios, le conozco el currículum amoroso entero porque viajábamos juntas en el tren todos los días; ella bajaba en Ezpeleta y yo en Plátanos. Lo último que supe fue que andaba con un pibe de veinticinco años que estudiaba Medicina y vivía en La Plata. Las pocas

cuadras que separan mi casa de la estación le dieron tiempo para contarme todo como si fuera ayer, cuando compartíamos el viaje: el novio la había dejado por una compañera de clase. Y sí, pensé, se le fue el entusiasmo por vos y se buscó una nena. Pero a pesar de sus confidencias, yo seguía sin entender el porqué de su visita.

–¿Mañana trabajás? –le pregunté.

–Sí –me respondió.

–Quedate a dormir. Es tarde, vas a tener que salir como a las cinco. Igual el sábado se trabaja medio día, así que vamos a comer algo, te preparo el cuarto y me pongo cómoda –le dije al llegar a casa.

–No –me contestó–. Te vine a buscar, pero para que me acompañes a un lugar.

–¿Qué? ¿A esta hora?

–Sí. Que él me haya dejado no me importa –claro, pensé, si siempre te sobraron los candidatos–, lo que me preocupa es que le di todos mis ahorros y no me los quiere devolver –por supuesto, si siempre fuiste una estúpida: ésta es la prueba.

Pero como en voz alta no dije nada, Sonia continuó:

–Fui a una curandera. Necesito hacer algo hoy y quiero que vos me acompañes.

–¿Qué? –el pedido era tan insólito que por un momento me quedé en blanco. Esta infeliz, aparte de darle los ahorros a un atorrante, gastaba la plata en alguna charlatana y tenía el tupé de venir a buscarme a mí, que soy una descreída de todas esas cosas, para que la acompañara. ¿Y a dónde? La noche venía larga y todo el relato me ponía nerviosa, pero a la vez también me enternecía y entendía que ella viniera a buscarme, porque ¿qué otra persona cuerda la podría acompañar? Sonia confiaba en mí y estaba desesperada. Yo la comprendía, bueno, una parte de mí la comprendía: la otra la quería cachetear.

Comer a los apurones porque “se hace tarde”, ir otra vez a la estación para tomar el último tren a La Plata. Qué viaje tétrico, las dos casi solas en el vagón, en silencio; ella ansiosa mirando el reloj. Llegamos y caminamos apuradas. Menos mal que la casa del pibe quedaba cerca de la estación, no conocía ese barrio: caserones antiguos, frondosos árboles, calles oscuras, garitas de vigilancia en cada esquina, alarmas con luces rojas en las puertas de las casas. Qué patéticas nos veríamos las dos caminando por ahí.

Sonia sacó de la cartera un paquetito envuelto en una bolsa negra y me explicó lo que le había dicho la bruja, lo que había que hacer el viernes a las doce de la noche: tirar eso en el techo de la casa, arriba de la puerta de entrada.

–Ah –le dije sin mucho interés.

–Llegamos, es ahí –me dijo, y me señaló la casa.

–¡Ah!

–Andá vos.

–¿Qué? –exclamé.

–Sí, mirá si justo sale él –justificó.

Cruzar la calle con el paquetito. La noche endemoniadamente húmeda y pegajosa. Sonia escondida tras un árbol vigilando lo que yo hacía. Un poco titubeé; me temblaban las manos, transpiraba, pero enfilé hacia la casa. Fueron minutos eternos en los que rogué –sí, rogué– que no apareciera nadie, que ningún vecino me viera, que los de vigilancia no me notaran y que me tragase la tierra.

Ya frente a la puerta arranqué con las contorsiones. Como no sabía si la iba a embocar de una en el techo, empecé el simulacro extendiendo mi brazo lo más

que podía y poniéndole toda la fuerza de mi pensamiento al hecho. A la una, a las dos y a las tres: revoleé el paquetito con tal ímpetu que se enganchó en el techo, e hizo tal ruido que me motivó a salir rajando. Me apuré todo lo que pude, casi desaforada. Sonia no estaba, se había ido, me había dejado sola. La alcancé como a una cuadra.

–¿Lo hiciste? –me increpó.

–Claro –le contesté, furiosa por dentro–, no íbamos a hacer todo este despliegue en vano.

Pareció relajarse y suspiró aliviada.

Teníamos que ir a la terminal de ómnibus para regresar y aproveché el viaje de vuelta para descargar todo mi veneno. Se lo fui inoculando gota a gota, le dije todo lo que pensaba de ella. No me miraba pero me escuchaba; solo me escuchaba, lloraba y asentía.

A la mañana siguiente llovía estrepitosamente. Le di un impermeable y un paraguas, le pedí un remis para que fuera a la estación y se fue. Estaba pálida, con los ojos rojos, y me sentí culpable.

A partir de ese momento no dormí muy bien, soñaba que corríamos y corríamos por pegajosas calles llenas de humedad. Me enloquecía el hecho de que una persona que no veía con frecuencia hubiera venido un día, me hubiera involucrado en sus problemas y ahora yo cargara con ellos. Pasaron como quince días y la llamé.

–Sonia, ¿qué pasó?

–No quiero hablar.

–Bueno, pero necesito saber.

–Hablo ahora y no toco nunca más el tema.

–Ok.

–Al otro día de eso él me llamó, fuimos en su auto a un lugar solitario, se ve que no quería que lo vieran conmigo. Me dijo que no tenía la plata, que se la había gastado. Yo pensaba todo el tiempo en lo que vos me decías, pero qué estúpida, pero qué infeliz. Me dijo que no me quería más, que esas cosas pasaban, que estaba enamorado, que se iba a casar, que ya no lo molestará, bla bla bla, y no habló más. Lo maté.

Autora: Libia Irma Baillo

CASI UN DETECTIVE

Cierta tarde caminando por un barrio tranquilo, vi que se había vendido una casa en la que hace tiempo vivía una pareja de ancianos; no tenían hijos o familiares que los visitaran.

Siempre sentí curiosidad por saber cómo eran, pero nunca tuve la oportunidad de conocerlos.

Hoy que crucé justo por enfrente, pensé que podría entrar a investigar, me sentí con una intrigante sensación y llamé a la puerta. Esta se abrió, pero no había nadie... entonces entré.

Estaba solo y empecé a mirar las habitaciones, todo estaba en orden, pero ¿cómo, ni se llevaron los muebles? ¿o se mudaron y se vendió amueblada? Eran las

preguntas que me hacía a mí mismo. Con mi celular saqué una foto, pero algo raro ocurrió, sentí que algo se movía... - "Hola, ¿hay alguien acá? ¡por favor contesten!". Nadie respondió. Quería encender la luz, pero no había. Seguí caminando y no entendía nada, había un mueble con papeles que, por cómo se veían, llevaban ahí mucho tiempo. Quise leer y las letras estaban borrosas, agarré el papel y cuando empecé a descifrar lo que decía, me corrió un escalofrío por todo el cuerpo. Intentaba no sentir miedo, siguiendo los consejos de mi papá, quien siempre me decía: "¡NO TENGAS MIEDO! BUSCA DE DONDE VIENE LO QUE TE DA TEMOR Y ASÍ VAS A PODER ENFRENTARLO." Esa frase estaba en mi mente y me daba valor. Será porque tenía 12 años y quería saber qué me llevó a entrar a esa casa. ¿Qué iba a encontrar?

Seguí leyendo y había una advertencia: "NO ABRAS EL CAJON DEL MUEBLE CON CERRADURA EXTRAÑA". ¡Y tenía el dibujo de un ojo! Mis manos soltaron el papel, pero el aire que ingresaba por la puerta lo llevó como barrilete por el pasillo. Me quedé muy quieto, no sabía si salir de la casa o mirar ese cajón; mi pulso se aceleró mucho y me dije que si ya estaba dentro de la casa... ¿por qué me iba a retirar?

Me sentía casi como un detective y quería descubrir por qué la pareja de ancianos era tan misteriosa. Abrí el cajón y había otro papel, pero sin nada escrito, sólo un dibujo de unas manos, ¿qué significaban? Di vuelta la hoja y encontré unas palabras que decían...:

"Claramente abriste el cajón, no sé si eres un joven o una jovencita, pero debes saber que ahora hay otro cajón para abrir, sigue las pistas y encontrarás la solución."

Era el momento de retirarme, pero mi curiosidad me obligó a investigar ese cajón. Fui despacio, me iluminé con el celular, seguí buscando... había tazas, platos, una fuente y cubiertos para dos personas. "¿Qué raro es todo esto!" "Nadie se ha hecho cargo de la casa", me seguía hablando a mí mismo. Vi otro mueble con el cajón con cerradura rara. Me acerqué y lo abrí... Mis ojos se abrieron muy grandes porque lo que encontré no era un dibujo, ni otra pista, sino que un cuadro de la casa. ¿Qué significaba? "¡Sí que es extraño!"

Miré al dorso y ahí estaba la pista, decía: "Descubriste que la casa tiene un propósito, fue donada por nosotros para ser un jardín maternal. Sabíamos de nuestra fama de misteriosos, por estar siempre solitos. Y como no tenemos hijos ni familia, la dimos al Municipio para que otros la puedan disfrutar tanto como lo hicimos nosotros. Así, en su interior habrá las risas y el bullicio de pequeños jugando".

Me senté en un banco y sentí alivio porque no había nada extraño. ¡Cuánta razón en las palabras de mi papá!

Pero... y la pareja de ancianos... ¿dónde está? ¿desaparecieron? Nadie sabe de ellos.

Entonces, mi mente de detective se despertó otra vez... ¡ahora sí un verdadero misterio para resolver! Pero esa, es otra aventura...

FIN.

Autora: María del Carmen Olivera

LA MIRADA EMPAÑADA DE JUAN

Después de revisar el cargador, y controlar que el seguro estaba activado, guardó el arma en el bolsillo de la campera. Como siempre. Luego mordió con fuerza en el vacío de su boca. Esto también era habitual, y necesario en él. Sentía que lo ayudaba a dominar su ansiedad, y también a calmar sus nervios.

Salió del ante baño, avanzó por el pasillo, y volvió a la pieza. Miró con amoroso deseo la silueta de su mujer dormida, que subía y bajaba al compás de una tranquila y cálida respiración. Suspiró suavemente y desviando la mirada se asomó a la cuna. Ahí contempló, empañada su mirada por la emoción que siempre le causaba, a su pequeño hijo. Lo arropó tiernamente, y besando luego los dedos de su mano, acarició muy suavemente su cabecita enrulada. Y ya listo para salir, muy a su pesar, volvió a sentir el insistente temor que lo acompañaba cada vez que se alejaba de la casa, el de no saber si volvería a verlos.

Ellos eran sus amores. Por ellos todo esfuerzo valía la pena. Y por eso, decidido, rechazó ese duro pensamiento, y abandonó la habitación.

Volvió a la cocina, y terminó de tomar el café que ya estaba casi frío. Entonces escribió la notita de rutina. Nunca pensaba demasiado para esto. Era un simple “los quiero mucho, les dejo mil besos, y hasta luego”, y firmaba “papá”. Sabía que su mujer besaría tierna y repetidamente el papel, como siempre, y le leería varias veces el mensaje a su hijo.

Y Juan salió de su casa, rumbo a su trabajo.

Lo esperaban en EL VIGIA S.A. a las 9 horas. Recién entonces se enteraría de la misión que le tocaba hoy.

Caminó cinco cuadras y llegó a la empresa. Saludó al portero, y enseguida ingresó al vestuario. Abrió su armario y se puso el chaleco antibalas, mientras se preguntaba si eso valdría la pena. Todos en la empresa pensaban que el blindaje estaba vencido. Pero los directivos decían que eso no era así, y no hacían el recambio. Ni él ni sus compañeros se atrevían a reclamar demasiado. Es que estaba bien difícil la situación como para arriesgarse a perder el trabajo.

Así que ajustó el correa del chaleco, montó la pistola en la cartuchera, y se acercó a la oficina del jefe. Llamó desde la puerta, y ante la invitación de Rocha (un inspector retirado de la Federal), ingresó al despacho gerencial.

—Buen día señor. —

—Hola Juanca. Hoy vas en pareja con Ismael. Tienen que custodiar a un administrativo de la TEXTIL DEL NORTE. Llevan una suma grande al SANTANDER de Avellaneda. Tengan mucho ojo. El gerente me confió que tienen miedo de tener un sapo soplón entre los empleados. No se distraigan ni un segundo. En la fábrica los esperan a las 9,30 horas en punto. —

—Descuide jefe. —

Salió hacia el playón, y se acercó al BORA azul donde Ismael ya lo esperaba. Subió y ocupó el asiento del acompañante. Daba gusto estar en este auto. Estaba nuevo. Tenía apenas cincuenta mil kilómetros recorridos. Estaba recién ploteado con el logo de EL VIGIA. Había sido de uso particular de Rocha, que lo transfirió a la empresa cuando se compró el AUDI. Es así, la empresa dá para que los dueños tengan autos lujosos. Pero nó para renovar los elementos de seguridad del personal.

—Vamos flaco, — Le dijo a su compañero.

Apenas diez cuadras separaban a EL VIGIA de LA TEXTIL. Así que enseguida llegaron.

Ismael detuvo el auto cuidando de no tapar el portón de la fábrica, ni el garaje del vecino.

De inmediato, con su instinto bien atento, Juan advirtió al 408 oscuro, y polarizado, que estaba estacionado un poco antes de la esquina. Esa visión lo inquietó. Y reclamó la atención de Ismael. Este enseguida dejó el celular, con el que estaba mensajeando seguramente con la esposa, apoyado en la guantera. Y ambos al mismo tiempo, soltaron el botón de sus cartucheras, y quitaron el seguro de las pistolas. Todo esto sin dejar de observar al PEUGEOT.

Justo en ese momento, 9,30 horas, se empezó a abrir el portón de la fábrica. Y mientras iba asomando la trompa de la camioneta, Ismael ponía en marcha el motor del BORA.

En el asiento trasero iba una pareja. Y en el medio de los dos se advertía la manija de un maletín.

Ismael puso primera, y el BORA comenzó a rodar, dejando una distancia de aproximadamente 10 metros entre ellos y la camioneta. Atento al manejo del auto, y del objetivo a proteger.

Juan mientras tanto seguía con la vista clavada en el PEUGEOT, y advirtió que este también se ponía en marcha, y empezaba a avanzar, siguiéndolos.

Ninguno de los dos en cambio, concentrados como estaban, se percató de la moto que veloz y repentinamente se les puso a la par.

Juan sintió los dos estruendos, y el estallido del parabrisas. Alcanzó a ver la escopeta recortada, y a su compañero caer sobre el volante. El auto sin conducción se subió a la vereda, listo para estrellarse contra la pared vecina.

Juan sintió el golpe en el pecho. Y mientras se le iba aflojando el cuerpo tocó con su mano izquierda el chaleco. Lo sintió agujereado. Y notó que sus dedos se iban mojando con un líquido tibio y espeso. Atinó a mirar su mano, y la vio teñida de rojo. Comprendió que era su propia sangre, y que por ese agujero se le estaba yendo la vida.

Intuyó que era la última vez que se empañaban sus ojos. Y a través de esa nube, tan parecida a la de siempre, creyó ver a su mujer y a su hijo. Después, lentamente, mientras se deslizaba del asiento, y la amada imagen se iba diluyendo, Juan fue comprendiendo que su antiguo temor se iba haciendo realidad. Y después de un último y profundo suspiro, fue dejando de respirar.

Autor: Olivera Pedro Orlando Roque

EL ROCE

Mi amiga Lucía es una experta en fenómenos paranormales, poderes ocultos de la mente, parasicología, y todo lo esotérico que se pueda encontrar en el mercado. Hace poco me contó que, exactamente a las tres de la mañana, se produce un extraño movimiento en la atmósfera, imperceptible para el común de los seres humanos. Comienza con una ausencia total de sonidos. No ladran los perros, no pasan autos, no silban los árboles, nadie habla. Hasta el grillo del patio suspende su chirrío. Según ella, esto dura apenas tres segundos y en ellos la radio, la televisión y los teléfonos no suenan.

Según este relato los bebés que interrumpen su sueño a esa hora, asustados y llorando, es porque percibieron el suceso y eso trastoca su estabilidad emocional.

Aunque soy absolutamente escéptica en esas cuestiones, decidí sacrificar algunas horas de sueño en tratar de comprobarlo. Por varias noches fui testigo del gran silencio, que podría ser casual, o la confirmación de una mente predispuesta. En realidad, tres segundos sin ningún ruido se pueden detectar a cualquier hora.

De todos modos, no me conformé con eso, y me dediqué a recorrer sanatorios donde, según Lucía, el efecto roce era muy notorio. Luego de muchas noches acompañando enfermos en distintos niveles de gravedad, haciéndome pasar por familiar de, después de haber estudiado cientos de historias clínicas, me fui acercando a la verdad.

A las tres de la mañana, en esos lugares se producía la mayor cantidad de decesos, pero también la mayor cantidad de mejorías milagrosas, de enfermos que se recuperaban sin dar una señal previa. No obtuve una opinión seria al respecto, y eso aumentó mi curiosidad.

Durante el próximo año me pasé muchas horas en hospitales y hogares de ancianos. La teoría de Lucía se fue confirmando.

Niños y adultos que habían estado en coma, incluso algunos que habían sido declarados con muerte cerebral, volvían a la vida como si regresaran de un viaje, felices y sin malos recuerdos. Durante mi investigación me crucé con infinidad de estos casos.

También presencié muertes terribles, y la desolación que dejaban.

Decidí probar en fiestas y reuniones familiares, y comprobé que a la hora del silencio se producían eventos extremos: o un amor increíble, o un encuentro inesperado pero muy grato, o el descubrimiento de una traición que generalmente terminaba en tragedia.

Algunos cambios se produjeron en mí, que al principio atribuí al cansancio. El insomnio fue el primer síntoma extraño.

Lógicamente, comenzaba a las tres de la mañana.

Entonces comencé a percibir El Roce. Algo como dos cuerpos gigantes se acercaban tanto entre sí, que producían una sensación apenas perceptible. Lucía me lo había

advertido. Lo de los tres segundos era lo que sentía de este lado, y nadie que ella supiera había podido percibirlo desde aquel. Yo lo lograría, por supuesto. Después noté el halo de luz que envolvía mis manos, y pude comunicarme con los espíritus que volvían a pagar o a cobrar una deuda, o simplemente a despedirse.

No me asustaban los seres que comenzaron a advertirme cual enfermo mejoraría y cual moriría. Soy muy fuerte y puedo racionalizar aún los hechos más sobrenaturales.

Siempre recibía los avisos estando en mi cama, entre dormida, pero sólo me servían para saberlo. No había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Muchos de estos visitantes eran seres angelicales, etéreos, envueltos en un aura luminosa.

Pero estaban los otros, los oscuros, los que no disimulaban el odio con que se habían ido. Los que hacían que sus deudos se retorcieron de dolor, los que prolongaban el sufrimiento de los moribundos. Los que aún no habían podido desprenderse del cuerpo y arrastraban sus carnes putrefactas emergiendo de las tumbas. Los que paseaban sus huesos nauseabundos y levantaban manos con uñas que habían seguido creciendo más allá de la muerte y se enroscaban sobre sí mismas; con cuencos vacíos que parecían mirar; con cabellos larguísimos y resecos. Ahí comenzó el miedo. Había perdido la dimensión del tiempo.

Decidí llamar a Lucía para preguntarle cómo salir y me di cuenta de que no tenía mi celular. Estaba realmente muy asustada. Ella había hablado del puente que se tendía en el fatídico horario en el que el mundo de los muertos rozaba la tierra y que los entes lo pasaban para cumplir su misión. No pude comunicarme con ella. Comencé a sentir los síntomas de todas las enfermedades que había visto en ese tiempo. En mi casa se habían borrado mis lugares, mi entorno no estaba allí.

Me puse a repasar todo lo ocurrido desde que empezara la investigación y me envolvió el terror. Sólo una mente enferma podía creer en eso. Voy a quemar todos los papeles que escribí al respecto y voy a olvidar para siempre la teoría, pensé.

Todo es muy oscuro, la sensación agónica está abandonando mi cuerpo y la luz de mis manos se esfuma. Ni siquiera puedo verlas. En realidad, no puedo ver nada, porque no hay nada alrededor mío. Hago un esfuerzo tembloroso y me veo reflejada por fin.

Pero no es un espejo, soy yo frente a mí misma. He cruzado el puente.

Ahora puedo ver claro, puedo verlo todo. Veo todas las caras que me miran desde arriba. Los que lloran y se abrazan, los que se culpan, los que se encogen de hombros, los que dicen mi nombre y escupen, los que me maldicen, los que se alegran. Puedo leer en sus mentes y en sus almas, pero fundamentalmente, puedo verte a vos. El temblor de las velas que me rodean, deforma tus rasgos. Tus pupilas desmesuradas, tu incredulidad extrema, el miedo en la piel. El cínico gesto de persignarte y mover los labios como si rezaras. Puedo verte, se lo que estás sintiendo. Vos, que te reíste de mi historia, vos que te consideraste con derecho a juzgarme.

Acá todo es atemporal e ingrávito. Pero vos que estás allá aún, mirá la hora.

No intentes ir a dormir. Esperá despierto el breve plazo que queda hasta que lleguen las tres de la mañana.

Autora: Rosa Ester Rodríguez

CUENTO - SUB 15

ESTAR EN PAZ

Allí estaba la mejor sensación que año tras año siento solo una vez; mis pies sin tocar tierra, mi alma hundida en pensamientos. Parezco un ángel.

Hoy es miércoles quince de abril, hoy cumpla quince años y solo hoy puedo ser quien verdaderamente soy. ¿Por qué? Se preguntarán; porque controlo el tiempo y cuando pienso en mí se me suele ir de las manos; por eso mis padres decidieron crear una supuesta vida, en la que soy normal y no pienso en mi verdadero yo; salvo en mi cumpleaños, es el único día donde puedo subirme a mi amada hamaca y pensar en mí, solo en mí.

Mi día favorito, siento la sangre pasando por mis venas, mis cabellos están revoloteando; ¡estoy en paz! ...¡¡¡ No!!!, cómo voy a pensar que estoy en paz, si no puedo vivir, si no puedo soñar. Estoy cansada de esta situación, de ocultarme, de mentir, de perderme. Esto es horrible; quiero ser yo, quiero que mis amigos me quieran a mí, quiero enojarme, quiero sentir, quiero disfrutar.

Acaba de aparecer mamá, dice que me calme y que me baje. Está loca. Hoy puedo ser Celina, pero mañana ya no; ¿y si no me bajo nunca? Eso sería hermoso, estaría en paz de verdad.

En un cerrar y abrir de ojos todo estaba negro; llamé a los gritos a mamá y papá, no recibí respuesta; decidí bajar, aunque iba en contra de mis ideales. Caminé unos pasos, esto es mi culpa, seguro es mi culpa; mis lágrimas parecen desilusionadas.

El sol parece un foco roto, se prende y se apaga constantemente; necesito volver el tiempo atrás, pero ¿cómo lo hago? Si hay algo que odio son las anotaciones de papá, dijo que algún día me iban a servir.

Tras estar un rato buscándolas, las encontré, no entiendo nada; las escribió para mí, pero no parece eso. Finalmente me di cuenta que las palabras estaban escritas al revés; Celina era anileC, con ese ejemplo entenderán mi confusión.

Las leí tres veces tratando de encontrar un mensaje oculto, pero nada. Esa carta cuenta momentos "felices" y "tristes" que pasé con mis padres. No logro entender cómo esto me ayudaría.

Decidí caminar unas cuadras a la redonda; no sé cómo YO pude hacer esto. Todo era silencio, todo estaba parado. Volví a casa con un llanto sin fin, me senté al lado de mamá, ella también estaba triste, le tuve que hacer caso, ella sabía lo que iba a pasar; la abracé y le rogué que me ayude, que me dé una pista; que de ahora en adelante siempre le haría caso y que no merezco pasar un cumpleaños más siendo Celina.

Comencé a correr, algo que nunca me gustó; pero qué más da. Me empecé a preguntar: ¿Y si esto me tenía que pasar a mí? ¿Y si el destino quería que sea yo quien manejara algo tan grande y complejo? Creo que nadie desearía controlar el tiempo.

Fui adentro donde estaba papá, le di un beso en la mejilla y le dije "Te amo", hice lo mismo con mamá. También me amo a mí, sin dudas, amo ser Celina, amo ser yo. Ahí fue cuando todo volvió a como estaba; volvió la luz y el ruido, volví yo. Mis papás vinieron corriendo hacia mí, rápidamente les conté cada detalle de lo que sucedió; estaban llorando. Mamá dice "esto era una prueba", sigo confundida así que le pregunté a papá qué me querían decir las anotaciones, a lo que responde:

“en esos simples párrafos están momentos inolvidables, momentos de amor; todo estaba escrito al revés, porque nuestras vidas están al revés”. Pocas cosas me gustaron de esto, pero encontré el amor, mi amor...

Autora: Catalina Estefanía López Ramos

LOS SUEÑOS DE SOL...

Había una vez una niña llamada Sol. Ella no era como cualquier otra, tenía muchos sueños tantos como la arena. A sus 3 años había soñado con deseo un helado, al despertar encontró un poco al lado de su cama, entonces le contó a su mamá la cual le explicó que ella se lo había dejado allí y que los sueños son lo que son: sueños. Con el tiempo fue creciendo, su madre insistía tanto que los sueños son solo eso que dejó la idea se adueñara de ella.

A sus 13 años soñó (con muchas ganas de que fuera realidad) que viajaba en el tiempo y encima a París. Se despertó bruscamente y pudo notar que su pieza no era la misma, estaba distinta. Salió por la ventana, para no despertar a sus abuelos ni a su mamá, en busca de respuestas. Por las calles se encontraba con gente que no miraba ningún tipo de pantallas y vestían extraño, también con la Torre Eiffel; sacó su celular y vio que no había WiFi ni Internet. Al fin se acercó a un vendedor al que le preguntó dónde estaban y en qué año. Como era de imaginar no le agradó la respuesta: ¡estaba en 1950 en París! Casi se desmaya: sin WiFi, Internet, en 1950 y como si fuera poco en París. Esa chica iba a enloquecer y de hecho lo hizo: regresó a su casa a los gritos. Esta vez entró por la puerta. Detrás de esta se encontró con sus abuelos y su madre, estaban tal cual que en el 2019. Claramente algo pasaba y no era bueno. Sol pidió respuestas a las que su madre respondió:

-Sos una persona muy especial Sol, puedes soñar y si lo deseas hacer que se haga realidad...

No la dejó terminar que Sol se desmayó. Al despertar y ver que no era ningún sueño (o mejor dicho pesadilla) se enojó con su familia.

-Como decía antes de que te desmayes, ¿recordás el helado de tus 3 años?, bueno si fuiste vos. No te lo dijimos porque nos amenazaron unos hombres malos, que se hacen llamar “Intrusos de los sueños (I.D.L.S)”, con separarnos de vos y no pudimos soportarlo. Ellos saben de lo tuyo desde que estabas en mi vientre.

Ahora se le pasó el enojo a ¡terror!

Intentaron que sueñe con volver a casa pero nada servía, solamente quería tener WiFi e Internet pero ni eso podía soñar.

-No puedo más, ya basta, no puedo hacerlo. Lo siento, pero lo hubieran dicho antes.- dijo enojada y frustrada.

De golpe se escucho un ruido: ¡eran los Intrusos de los sueños! Los encontraron, Sol se puso detrás de la mesa y veía todo: volaban patadas, dichos, golpes y hasta dentaduras. ¡Esa familia sí que pelea!

Lograron huir de ellos a la Torre Eiffel. Allí el abuelo dijo:

-Hay una manera de volver a casa: debemos hacer 2 cosas locas cada uno por su parte...

-¿Eso solo?- interrumpió Sol.

-No, una vez que hagamos eso hay que reunirnos en la Catedral de Notre Dame

donde hay que decir: "Dos cosas locas hicimos, solo lo que quisimos. Ahora a casa queremos volver vamos allá de una vez." Antes de las 11 de la noche o- el abuelo se detuvo.

-¡No me digas que es para dormir ancianito!- gritó la abuela

-¿O qué abuelo?- dijo Sol.

-O nos quedaremos acá para siempre, atrapados en Paris en 1950.- dijo muy preocupado y serio.

Todos se miraron y le hicieron caso.

La abuela abrazó una pizza de mariscos y se la comió con un loro.

El abuelo, por su parte, se burló de un soldado y gritó en la Torre Eiffel.

Mientras que la mamá abrazó a un hombre musculoso y bailó en la calle.

Autora: Coceres Florencia Micaela

CUENTO – SUB 18

LA PUERTA

Me despierto y lo primero que veo son cuatro caras mirándome desde arriba. Siento el piso debajo de mi espalda y me pregunto en qué momento terminé sobre él.

-Señora, ¿está bien? - pregunta una chica joven.

-Sí, sí, estoy bien- las cuatro personas me ayudan a levantarme. No siento ningún tipo de dolor, me parece raro porque antes de caer sentí una gran molestia en la espalda.

Los cuatro que me ayudaron me están mirando sonrientes, parecen amables y llenos de paz.

Levanto la vista y no veo gente, me doy la vuelta y tampoco encuentro a alguien, ¿en qué momento se fueron todos? Antes de desmayarme o de lo que me haya pasado, estaba en una fila súper larga para sacar plata de un cajero que está al lado de una panadería, y ahora descubro que solo somos cinco.

- ¿Dónde estamos? - pregunto.

- ¿Cómo que donde estamos? ¡No es obvio? - dice la chica joven. Está arreglada como si fuese a salir a bailar con sus amigas, y parece tener unos 19 años.

Un chico veinteañero maquillado y vestido con colores vibrantes, y una abuela de 90 años se ríen.

-Es uno de los mejores lugares donde estuve- dice un nene muy emocionado, de aproximadamente 11 años, sin pelo ni cejas.

-No, no tengo ni idea de donde estoy- contesto muy confundida.

La chica abre la boca para contestar, pero una voz nos interrumpe.

-Vengan todos ustedes- nos acercamos a un hombre vestido de blanco y con pelo del mismo color -. Ya es hora. Ya pueden pasar- abre la puerta del cajero, todos entran y cuando quiero hacerlo yo también, el tipo me cierra el paso- Usted no. Vaya por la otra puerta. Mucha suerte y sea feliz- me da una sonrisa llena de paz.

-Pero yo vengo a sacar plata, no a comprar pan- contesto al notar que el hombre quería que pase por la puerta de la panadería. -Pero, ¿qué hay que no puedo pasar?

- me apuro y asomo para ver que hay dentro del cajero. Lo único que alcancé ver fueron unos portones inmensos y demasiada luz blanca. El de blanco cierra la puerta. Quiero enojarme, pero por alguna razón no puedo.

-Algún día va poder verlo, pero por ahora vaya a la otra puerta.

-Está bien- el hombre me sonríe amablemente y su mirada me transmite paz. Camino hacia la panadería.

- ¡Chau, señora! ¡Suerte! - gritan unas voces. Miro y son las personas que me ayudaron. Me generan seguridad. Abro la puerta de la panadería y entro.

Despierto y veo que estoy en una habitación blanca. Hay mucho olor a alcohol. Siento que estoy sobre un colchón. Miro hacia todos lados y encuentro a mi lado un desfibrilador

-Finalmente despertó- dice una doctora que no había notado. Detrás de ella hay otro doctor con una bata súper blanca igual que su pelo. La mujer lo señala y dice:

-Este es el ángel que la salvó.

No contesto porque no sé qué decir. El doctor me sonrío amablemente y su mirada me transmite paz.

Autora: María Candela Aylén Acosta

ME GUSTARÍA... ME GUSTAS.

Me gustaría curarme de ti. Dejar de fumarte en los perfumes de otras mujeres en la calle y girar para que no estés ahí; dejar de entrar a las cafeterías y pedir tu infusión favorita para poder beberte, y no sentirme tan solo.

Espero dejar de pensarte a cada momento, poder hacer las compras sin que mi mente divague en qué se te vería bien puesto, lo mucho que disfrutarías ir a tal lugar o cuán feliz te haría que cocine tal platillo para ti.

Me gustaría encontrar la cura de este amor en la receta de algún doctor. "500 mg de tiempo, 30ml de soledad. Dos dosis diarias por una semana." Dejar por un segundo de pensar que te necesito aquí a mi lado todo el tiempo para que los engranajes en mi mente comiencen a girar.

Espero entenderlo, cuando te envío todo esos mensajes sin respuesta. "¿Cómo estás hoy?" "¿Ya comiste?" "Está empezando el invierno, asegúrate de abrigarte bien."

Pero llega la tarde y nuevamente comienzo a pensar en tus ojos brillando con el reflejo del atardecer cuando nos sentábamos en el parque a respirar el aroma del otro, y a sentir la calidez de nuestros cuerpos en la cercanía.

Me gustaría tener una semana para reunir todas las palabras de amor de la Tierra y regalártelas. Una semana para amarte y nada más. Una semana para pensarte, cuidarte, quererte. Y que después hagas lo que quieras conmigo.

Autora: Azul Denise Baldelli

EL CUENTO

Se sumergió, la nariz llena de agua, la presión sobre los oídos y, si acaso se atrevía a abrir los ojos, veía la realidad en nubarrones. ¿Qué historias se habrían escrito así? Preguntó desde el otro lado. Sentarse y mover la lapicera, dibujando las letras con cuidado, pensando en cuál será la que le sigue. En todo caso un tachón de arrepentida, con la misma convicción con que se arranca un pedazo de tela. Observó los lunares de su muslo, ¿estaría haciendo uso del vocabulario? Nadó hacia el fondo y allí es que distinguió un orificio con típica forma de semilla dicotiledónea. Se levantó de pronto, esta vez ella, sabiendo que cuando empezaba a ridiculizarse ante sí misma la cosa no daba para más. Caminó hasta la cocina para tomar agua, para despegarse de la intriga de si esas líneas serían un buen cuento, si serían el cuento. Eran las cinco y treinta y seis de la tarde. Todo el día intentando sacar un texto, pero la ventana, los lunares, el vaso de agua... Salió al patio en

busca de más excusas. El cielo celeste, impoluto, liso. Que más tarde todo aquello empezara a deshacerse era irreal, como si con la tarde los colores se derritieran, resbalando por los bordes del mundo. El día perdía la piel y la carne quedaba al descubierto, azul oscura la noche como roja escarlata la carne. Entró a la casa. Se habían hecho las nueve. Preparó unos fideos al pesto que comió silenciosa, intentando distraerse con las sombras del patio. Cuando se acostaba era más difícil impedir que los titubeos inundaran su monólogo interno, sin cielo que deshilarar o fideos para enredar en el tenedor. Podía, sí, entretenerse en cuestiones ingenuas. ¿Qué pasaba cuando la otra veía el agujero dicotiledóneo? Avanzó hacia él con brazadas lentas. Le constaba su necesidad de tomar aire, pero supuso que allí dónde iba no le iría a faltar. Con la ayuda de las manos se introdujo dentro y cayó. ¿Dónde estaba nadando la mujer que podía encontrar puertas dimensionales? ¿Era una mujer? ¿Por qué no podía responder sobre el contexto en el que estaban sus propias creaciones? Más adelante quizás, ahora caía por un todo negro. Si el negro que se ve al cerrar los ojos fuera un espacio transitable, allí estaba entonces, cayendo como una piedra tirada en un aljibe y que al fin toca el fondo. Pensó en el dolor seco de la caída, pero supo que ella, la otra ella, cayó como una gota de agua que se une al charco y luego, dúctil, se elevó su forma ya armada por sobre la superficie. Muchas veces le sucedían imágenes más propias del mundo estético que literarias, si bien ya no podía cambiar. Armaba fotografías en base a restos, traducía las pinturas a un idioma en que los colores eran letras agrupadas y quien leyera debía recordar ese color, algún vestigio que hubiera visto en otro lado, para arrancarlo de su memoria y darle otro uso. Pondrían en el cuadro sus propios violetas, su propio amarillo (un harapo guardado en un cajón). No servía, no era lo que quería mostrar, pero era lo único que sabía hacer. Pensando en esto se durmió, con algo de rencor por quienes leyeran sus escritos y se pensarán que entendieron, que captaron su esencia, que veían la misma gota de agua.

Al despertarse sólo sentía la cara hinchada intentando retener el peso de la piel, nada de sopores o somnolencias matutinas. Pensó en el resto de algún sueño inconcluso mientras se lavaba los dientes con una pasta barata, grumosa. Después una vez más sentada en su pieza, en el escritorio de dos cajones, con un café y galletitas. Empezó a escribir la escena de ayer por la noche: la mujer cayó, hundiéndose en el suelo, y se elevó como una flor emergente. Continuó caminando, sin oscilar el rumbo, como si hubiese sabido lo que le iba a suceder de antemano. Era una pelotuda. Tenía que ir a presentar el sobre al centro, la oficina cerraba a las once. A veces importa poco hacia dónde camina la mujer misteriosa, acostumbrada a su condición fantástica que la escritora no logra descifrar. A veces a la escritora le importa poco descifrarlo o no. Se sacó la remera desteñida mientras masticaba una última galletita. No encontró el corpiño, pero con este pulóver imposible que se le notase y dónde tendría un broche dando vueltas. Eso ya estaba. Abrió el cajón izquierdo de la mesita, dentro había una pila de sobres abiertos, todos iguales. Agarró el de arriba.

La parada de colectivos estaba desierta. Mala señal, pensó, significa que hace poco pasó uno. Su teoría se deshizo en el acto. A lo lejos un cartel de luces verdes, como de un casino o un bingo para desesperados. Lo paró y pidió el boleto más barato, apoyó la sube, un tilde verde le hizo saber que estaba todo en orden. Ahora, aquella señora que agarraba sus bolsas, en efecto, en la próxima iba a bajar. Ocupó el asiento, todavía tibio. La calidez corporal de los desconocidos le hacía pensar en la fiebre, mas apartó la idea un momento para chequear la hora. El colectivo iba a su antojo, en un vaivén abrupto, apretando el acelerador cuando alguien pulsaba el timbre para que después el empujón del motor se demorara, suspirando

un vaho grisáceo en cada esfuerzo por arrancar. No valía la pena angustiarse. Desempañó la ventana con el puño del suéter. A través del hueco llegó a ver a una figura doblar en una esquina, que no tardó en quedar atrás. Había sido ella, la mujer del cuento. Es decir, sabía que

no era la misma persona, pero era la pincelada de realidad que necesitaba. Porque ahora la protagonista era delgada, alta, muy alta, y de una silueta imperceptible. La mujer caminaba y a lo lejos vio un espejo. En un comienzo no supo que era un espejo, pensó que era alguien que iba a su encuentro, una silueta andrógina, casi desnuda, con un vestido que cubría su torso hasta el ángulo de la pelvis. Cesó de caminar con el mismo gesto abrupto con que la otra había doblado la esquina. Impaciencia, una mueca que se quebraba en la boca. Sabía que la dama, porque era una dama, no había previsto doblar en esa calle. En ese momento tuvo que haber alguna sorpresa que la obligó a desviarse. Era el mismo estupor que había obligado a la otra a detenerse, pero ya no tenía interés en el asunto.

La próxima era su parada, después de la casa con el cartel publicitario. Bajó los escalones del colectivo de una zancada y se mezcló con el ruido de la calle principal. Corrientes contrarias de gente se enfrentaban en las veredas, decidiendo quién avanzaba. Su barrio era del color de la cal y los yuyos de zanja. El centro era de un rojo gastado, casi rosa, de las baldosas lijadas por el uso. Dobló en una de esas esquinas caóticas en las que las direcciones posibles se duplican y ya nadie sabe bien hacia dónde se dirigía. Hizo media cuadra para colgarse del escalón de una casa con una placa de mármol ilegible. Tocó el timbre y esperó, la puerta se abrió con igual sutileza. — ¿Qué hacés Andrea? — saludó mientras entraba. — Todo tranquilo acá —. Una muchacha se acomodó detrás del mostrador—. Estaba por cerrar. ¿Trajiste tus cosas? — Las tengo, sí. Le alcanzó el sobre. Intercambiaron frases sin importancia, mencionando el nombre de un editor, y después se despidieron. No tenía nada más por hacer en la zona, así que volvió a tomar el colectivo. Era casi mediodía. Apenas llegó a entrever las ventanas entre el amontonamiento de personas. Cuando bajó, por la calle circulaban mujeres con criaturas de la mano, deteniéndose en las veredas para comprenderse con las otras iguales, sabiendo que todavía eran ellas las que hacían correr los mediodías. La presencia solitaria las adelantaba a paso rápido, pero después no podía evitar mirar de reojo hacia atrás, atraída por una manera de vivir que nunca sería la suya. La incomodidad desapareció al llegar a su casa, el recuerdo de esas distintas ya no existía. Fue directo a su pieza, a la mesita de dos cajones. Lo tengo que terminar, se dijo a sí misma, tengo que saber. Entonces, la dama se había detenido en un gesto escabroso y frente suyo, aquella otra figura lejana, la había imitado. La espalda tensa, pendiente, intentando darse cuenta tan sólo con los ojos, intentando entender por qué allí estaba quién no debía. Algo se le cruzó por la mente, los hombros plegándose despacio mientras la mirada se aligeraba, ahora casi burlona. Cuando empezó a correr, enloquecida y desafiante, la otra silueta también corrió. Fueron acercándose, ninguna con intenciones de detenerse, sino más bien obstinadas al choque, esperando el punto de encuentro que parecía ser a cada segundo. A continuación, al ser el quiebre ya inevitable, hubo un arrebato de músculos que se contrajeron, que se forzaron a retraerse. Volvía la inmovilidad, ella conteniendo el impulso de desplomarse hacia adelante, la otra balanceándose como una marioneta de hilos suspendidos. Era, por supuesto, un espejo. Pero no, algo había ido mal, miraba la pared y se mordía los labios. Otra vez anochece inclinada sobre la mesa casi sin luz, la habitación era un monocromo gris donde ella se recostaba sobre el papel con una mano temblorosa. Todavía no era tiempo de las cigarras, sino ese recreo otorgado al silencio, las horas perdidas

del día que nadie alcanza a conquistar. Intentó agregar más letras, pero supo que tiraba margaritas al fuego. Aquel texto no tenía más frases, aquel no era el cuento. Nuevamente la invadieron las acciones vertidas como imágenes, cuadros que nunca iría a pintar. Parada al lado del escritorio estaba la persona que dobló en una esquina, la mujer alta en traje de baño, tan incomprensible y tan grave. La miraba como un animal domesticado y triste. Ella abrió en silencio el cajón derecho de la mesa, estaba demasiado oscuro para ver lo que había allí dentro. Después se paró, no, en el lienzo ya estaría parada, mirándola de frente. La tomó de los hombros y la elevó como si no pesase, como si no fuese demasiado baja para levantarla por los hombros. Colocó los pies descalzos dentro del cajón, una escena absurda, de la dama inmóvil parada sobre un cajoncito colgante. A continuación la agarró de las manos y tiró de ellas con cuidado, haciéndole comprender que debía agacharse, hundir sus piernas en aquel hueco. Todo continuó en silencio. Ahora era un torso asomado al que volvió a tomar desde los hombros y, esta vez sí, a empujar con fuerza. Aplastaba, hundía a la noble mujer de secretos sin descubrir, de una realidad apenas delineada. Ella era la prensa impasible que la iba reduciendo y pronto ya no había allí una espalda, sino una cabeza que se sumergía lentamente en el rectángulo de oscuridad. Luego no quedó nada humano, aquel cuerpo reducido al grosor de doce hojas de papel abandonadas en el fondo de un cajón. Lo cerró despacio. La semana próxima entregaría otro sobre vacío.

Autora: Victoria Borzi

UMA

Robert Bawer solo quería una expedición más. Habíamos visitado unas cuatro tribus, pero ninguna cumplía sus expectativas; niños sucios, hombres machistas, rituales paganos y falta de recursos hay en todas partes. Si no lograba dar con algo que realmente impactara, defraudaría a su audiencia.

Fue el día más caluroso de la semana. Bawer y yo llegamos en una jeepeta verde a la última tribu que visitaríamos: los Koolú. Mis servicios de mediador entre los habitantes y el tan reconocido youtuber que filmaba los lugares más exóticos y peligrosos eran muy necesarios para él. Como sucedió con las visitas a otras tribus, llegamos a un acuerdo y los Koolú nos dejaron quedarnos un par de días a cambio de dinero.

Los días pasaban, todo parecía normal y eso desalentaba al joven Robert que tenía cabello largo y peculiares tatuajes por todo el cuerpo. Cada vez que queríamos hacerle alguna toma a un nativo, debíamos pagar 40 dólares o, de lo contrario, nos expulsarían. Creo que nunca habíamos vivido una experiencia más aburrida, los habitantes no eran ellos, sino una máscara comercial que solo quería aparecer en nuestro video y que buscaba la ocasión para quitarnos dinero.

Bawer y yo habíamos decidido volver a nuestros hogares en California y editar con lo que ya habíamos grabado en las otras tribus. La desilusión en su mirada por no hallar una buena trama se notaba demasiado. Es que, ¿quién no querría grabar mejores videos sabiendo que la competencia se estaba llevando a su público? Él tenía en claro que si no lanzaba algo innovador, la gente se iría, pero por alguna extraña razón, mi cliente quiso permanecer solo una noche más, ¡y lo bien que hizo!

Al despertar con intención de marcharnos, vimos que todos estaban reunidos alrededor del fuego. Nos pareció anormal que lo encendieran por la mañana, ya que ni siquiera

habían llegado a cazar algo, así que dejamos de guardar nuestras cosas para acercarnos y averiguar qué estaba pasando.

Cerca del fuego vimos que en la tierra había algo escrito: Uma. Al lado, una joven muy bella estaba sentada, con las manos y los pies atados. Se la veía triste y su ropa se hallaba rasgada, como si alguien hubiera querido lastimarla y lo hubiera conseguido. Sus ojos eran de color verde esmeralda y brillaban en contraste con su piel morena. No sé qué tenía, pero todo en ella parecía mágico.

Bawer dijo que tuvo un flechazo al verla, y se vio en la necesidad de ayudarla. Le extendió la mano para que se levantara, sin pensar que estaba en esas condiciones por algo, y todo el pueblo quedó sorprendido de su descaro. Le preguntó su nombre y ella respondió: "Uma".

Creí que todo estaba bien, pero el asunto se nos fue de las manos. Los gritos y lamentos comenzaron a sonar. Tuve que quedarme inmóvil, el miedo me atravesó los huesos y supe que algo no andaba bien.

De un momento a otro, Bawer estaba agonizando en el suelo. Dos hombres lo habían atravesado con lanzas.

Grité su nombre en medio de todas las voces, pero no me oyó. Creo que ya estaba muerto. Minutos más tarde, los mismos hombres se encargaron de asesinar a la muchacha, y todas las personas en aquel lugar comenzaron a danzar y cantar alegres, como si la muerte fuera sinónimo de felicidad. Mientras tanto, yo estaba destrozado por mi pobre cliente.

Callé para no terminar como él, pero luego me enteré de que la tribu creía que esa mujer de ojos verdes era un ser maligno y su presencia ocasionaba los males que aquejaban a los habitantes. Al tocarla, para ellos, Bawer se había contagiado el mal, y todo el que la tocara debía morir.

Yo soy Nix, y esto, mis amigos, es un borrón y cuenta nueva para el canal. Vamos a extrañar a Bawer y lo recordaremos con mucho cariño. Pero "Viajando por el mundo" es una parte de él también. Por eso, "Viajando por el mundo" no se va. Yo continuaré con el canal para conservar su legado.

Nix apaga la cámara y sonrío como siempre quiso hacerlo. Lo siento, Bawer, pero no ibas a arruinar nuestro canal... mi canal, piensa mientras agarra un vaso con agua. Si no te entregaba a esos caníbales, ibas a seguir con la loca idea de dejar de grabar.

Autora: Abigail Campos

¿DIOS?

Se desvanece el agua en el lago, se evapora la sal y las pequeñas luces de la autopista se fragmentan; rompen el estigma y el espejo lunar. El espejo en el cráter desaparece, se rompe, se ensancha: los hombres de la luna no saben ya más que hacer. Sus dulces voces se han adormecido; su suelo está cambiando. Y mientras intentan gritar, de sus ojos brotan pequeños cristales, que les hacen sangrar los ojos. El suelo es inconsistente: algo que va más allá de la fuerza de cualquier ser

viviente los absorbe. Ya no saben qué nutrir de desesperación que no sean sus propios cuerpos... Aunque corran y un instinto de supervivencia los haga querer mantenerse vivos, no pueden. Este es el final, el inminente final.

Una luz los acecha. Una nave de un lugar muy lejano, tal vez de una galaxia desconocida, se les aproxima. Encandila los ojos de los hombrecitos, y enceguece a los más sensibles.

El universo parece querer pautarles otras reglas, otras reglas que deben venir de otro mundo.

La nebulosa blanca los absorbe, los más débiles caen rendidos, ante lo que podría parecer, Dios.

Ahora serán nuevamente tragados, pero, ¿Hacia dónde?

Autora: Lucía Zabalza

SIN TÍTULO

La noche estaba despejada y fría, así le gustaba a Orión. Taruka brillaba con más intensidad y él estaba para ver su brillo.

Era una desgracia que estos enamorados estuvieran tan lejos, solo con el consuelo de mirarse cada noche, deseando al menos tocarse. Pero, aún si pudieran acercarse lo suficiente, Taruka quemaría a Orión con sus rayos.

Por eso ambos lloraban cada vez que se veían, de Orión brotaba agua y de Taruka brotaban llamas. Se hablaban a gritos para que el otro escuche, pero solo susurros llegaban a sus oídos.

Un día, Orión tuvo una idea. Una que podría hacer realidad su deseo de acercarse. Construyó un telescopio para observar a su estrella. Sin embargo, las noches siguientes estuvieron nubladas, ocultando a Taruka de la vista de su amado.

A la quinta noche de no verse, Taruka y Orión volvieron a encontrarse. Ambos lloraron, esta vez felices y gritaron su amor. Él le enseñó su telescopio, pero la felicidad de la estrella se apagó al saber el propósito de aquello.

Le gritó a Orión que se detuviera, que no se atreviera a ver su brillo, pero sus susurros fueron ignorados. Taruka se echó a llorar, olvidándose que sus lágrimas eran llamas.

Los rayos de Taruka cegaron los ojos de su amado para siempre. Este se lamentó por el dolor desgarrador en las ventanas de su alma y pronto se dio cuenta de que estaba completamente ciego.

Al saber que nunca más vería a su estrella, Orión empujó su telescopio y en el suelo tanteó pedazos de cristal.

Y así, bajo los ojos de la estrella, el humano dejó su vida atrás.

Autora: Pons Delfina Juliana

VELA

Capturando la inmensidad de ese efímero momento de introspección, Duke Ellington y John Coltrane le dedican los matices de sus perfectas melodías mientras García Márquez se encarga de estremecerle la psiquis con cada uno de sus pasados. La mujer mira el fuego y se acerca. Con el roce que rebosa su cuerpo, decide experimentar con la llama tan seductoramente posada sobre la cera. Saluda al reflejo e intenta quemarse también con su lumbre. Al igual que le arde el alma de amor, al igual que el saxo la acaricia, al igual que su esencia ahora mojada, desea su embriagada desnudez.

Se alcoholiza también con el aroma que desprende su propio frenesí: cada poro grita una fragancia algo dulce, con sabor a palosanto, con la intensidad de un fósforo y la gracia de las páginas amarillas de un libro viejo. Pero son las cadencias de sus pasiones las que emanan una cálida luminiscencia que se mezcla con el cirio. Arde la llama inmóvil como inmóvil intenta respirar.

La bañera le queda pintada: carece de la necesidad de achicarse y tampoco precisa dilatarse para rellenar el mar faltante. Sin embargo, tiene que ser precavida para no desatar una cadena de olas que rebalse, inunde su cuarto y se ahogue en la incapacidad de habla y la devoción que se balancea sobre una fina línea. Una mano que se asoma y pincela tintes masónicos; un pie acaricia la canilla y recuerda el suave masaje de la marea que la despierta y la encuentra encerrada entre horizontes polinizadores de creatividad, cegadores exquisitos de un cadáver que junta sus pedazos y se retroalimenta.

La mujer ahora come una masita y se hace lo suficientemente chica como para entrar en la puerta de su propia mente. -"vacío"-piensa cuando alcanza a descubrirse tras girar un picaporte que introduce una alfombra chiquita que en chiquito dice: "Welcome"

No hay eco porque ella no se repite dos veces. Acto posible producto de una increíble memoria o su autoexigencia "apolillada" que mastica sus prendas de la paciencia. Es a través de esta travesía como se descubre en su deshabitada cabeza, su exclusivo desierto, un propio vacío que (quizás) irónicamente la completa y (quizás) la forma ¿Cuál será la sustancia que llena la falta? Es decir, ¿qué será aquello que hace a su país tan maravilloso? Inconscientemente y tras horas de análisis, encuentra la respuesta en sí misma y concluye que el veredicto final son los espacios interiores, masitas mágicas, las satisfacciones que repudian hinchazones, que permiten aperturas (chiquitas), puertas, para formar vacíos. Esos que habitan en cada uno y varios deciden llenar con comida, ansiedades, consumos extremos, y otros que, como nuestra protagonista, inflaman con ideas. Para completarse en la ausencia, para atracarse y no digerir sus porquerías. Se enjabona y con estas ideas se desprende de la etapa chiquita, que es absorbida por la presión del agua, se escapa por el desagüe de la bañera, el cual, mediante innumerables caños y cañitos, transporta sus conclusiones a otro joven que piense (en chiquito claro).

Se entrega inmensamente a la efimeridad del tiempo en vida, siente cómo maduran sus ideas y es capaz ahora de visualizar sus pensamientos. Para que entienda a lo que me refiero, lector, imagine un tren en hora pico: la gente yendo o volviendo al trabajo (como usted lo prefiera); los hijos menores sujetados a sus padres con toda la fuerza de sus pequeñas almas; estudiantes alzando sus tareas al aire con el objetivo de rescatarlas de aquella abominable corriente de personas;

muchas viejitas pacíficamente sentadas y muchas otras viejitas maldiciendo no estar pacíficamente sentadas.

Ahora visualice aquel tren llegando casi a esa última parada ya oscura como el cielo al caer la noche. En el transcurso de ese periodo de tiempo el vagón alcanzó a inundarse y exprimirse incontables veces ¿No? Pero en este instante, lector, hay espacio. Los sujetos se visualizan nítidamente y se los entiende tan claros que oscurece.

Permítase, lector, convertir esta personificación en sus propios pensamientos y entienda aquel despeje como la necesidad de desertar la mente para abandonar cualquier restricción y dejarse ser en lo amplio de sus ideas.

Volvamos a nuestra mujer, quién opta por hacer el gran esfuerzo de impulsarse con sus brazos que tironean su tronco contracturado y evidencia tres rollos a cada costado y uno principal que hunde su ombligo. Quizás si hubiera flexionado sus piernas el proceso sería más fácil, pero se estira con más envión, olvida respirar y alcanza la vela que yacía sólo a un metro suyo. Se quema espléndidamente con las gotas de cera que llora la llama y llama a un grito que falla y calla como ladrillo en capilla.

Moja rápidamente su mano encerada en el agua tibia de la bañera logrando únicamente crear una pasta espesa perfectamente adherida a su palma ahora cubierta por una cáscara ardiente que le quema la piel. Seguro se me hace una ampolla masiva -piensa mientras se rasqueta con la uña pulgar de la otra mano aquella corteza aglutinada. Siente cómo empieza a irritar la piel que bordea la pasta y deja de frotar.

Desconozco cuál es la advertencia que le recordó su existencia en aquel instante: quizás haya sido la estampa del cielo en su alfombra o quizás el bullicio de la ciudad sin estrellas que no duerme, no calla, no deja de cesar. El zumbido natural de la urbanidad, el llanto constante de sus gigantescas edificaciones.

Su ventana le regala la perfecta combinación de matices rosas y naranjas que bailan en el degradé celestial una perfecta improvisación similar a un tango de la milonga de los jueves. Si fuera un metrónomo lo único que se escuchara, ella probablemente elevaría sus hombros en el primer contratiempo, escurriría su pelo en el quinto después de haberse parado en el tercero y tomaría la toalla en el octavo como un breve interludio previo al estribillo. Pero como el tiempo es relativo, no se percibe ningún molesto golpe marca tempo, absorbente de todo juego posible con la música.

La mujer se hunde en sí misma y decide envejecer. Acompañada de esas cadencias, de miles de mundos, infinitos seres que atraviesan su perspectiva. La mujer eventualmente conoce a un hombre y se enamora. La mujer se aventura en un noviazgo de cinco años y se casa con un hombre. Pasan tres más y tiene cuatro hijos. Cuatro hijos crecen a la par de las arrugas de la mujer, aprenden a comer, a caminar, a estudiar, aprenden a aprender y se independizan. Un hombre y la mujer viven en sí mismos y atraviesan los paisajes de un existir casi perfecto. La mujer se hace cada vez más grande y la mujer captura la intensidad de todo aquel efímero y a la vez inmenso momento de introspección. La

mujer eventualmente muere y la mujer se hace ceniza. Ceniza se despierta en el muelle donde cuatro hijos y un hombre la miran flotar. Ellos y muchos otros saludan, se secan las lágrimas mutuamente, sonrían. Ceniza quiere saludarlos pero la ceniza no tiene manitos. Ceniza sin manitos se va.

Quizás fue el calor de aquella llama, quizás fueron los matices que ahora se transformaron en azules casi negros, quizás el olor a palosanto, quizás el grito

del saxo, quizás fue aquella masa sólida en su mano lo que provocó que brote nuevamente en el mundo mortal. La mujer no vió su vida sino su porvenir. La mujer se hace chiquita al arrojarse con las toallas pero la mujer ya no es chiquita. Da uno, dos pasos y cuando deja de pisar la alfombra siente el piso mojado y putea porque está frío. Quizás pase el trapo para secarlo, quizás pase la escoba para barrer sus cenizas.

Autora: Renata Begna

ESTRELLA DE 8 PUNTAS

Cuando tenía 10 años me pasaba el día imaginando historias fantasiosas hasta que una tarde de verano sucedió algo totalmente inesperado estaba sentada en el jardín jugando hasta que se me ocurrió jugar a encontrar el tesoro perdido como si fuera un pirata en ese momento agarre mi palita playera y empecé a cavar en la tierra, pero, a la vez rompiendo una plata con flores blancas que mi papa había plantado después que me di cuenta, sabía que se iba a enojar pero bueno es un detalle menor, pare de cavar cuando encontré una caja poseía un candado pegado a la caja, fui corriendo a buscar la caja de herramientas de papa y empecé a buscar el destornillador, tenía maso menos una idea de cómo abrirlo porque, había visto a papa sacar muchos tornillos a veces no necesitamos usar una llave correcta para encontrar lo que queremos, cuando la abrí encontré una estrella de cristal de 7 puntas de un color rojo, era demasiado hermosa esa estrella.

Mi abuela me llama para merendar ya es de noche me voy lavo los dientes y me acuesto con la estrella debajo de mi almohada (la estrella brillaba mientras alba dormía), me levanté, pero todo se sentía muy extraño no era mi habitación, estaba confundida no sabia donde estaba era un cuarto lleno de flores y plantas muy hermosas, había un león cachorro empecé acariciarlo se puso juguetón, pero paro cuando un niño entro.

- Hola, me llamo Alek, te estaba esperando.

- Hola mi nombre es Alba.

- ¿Que es este lugar?

Es mi casa, yo te convoque para puedas entrar a este mundo necesito que me ayudes a encontrar a trampoline

¿Espera, no entiendo de que me estás hablando... que es este lugar? ¿Y quién es Trampoline?

Perdón, es la emoción, te voy a contar todo para que puedas entenderme.

Trampoline es la persona que nos roba todos los instrumentos musicales de las ciudades, ya llego a robar todos los instrumentos de 6 ciudades, todavía no pudo llegar a la séptima ciudad, la cual es en la que mi familia y yo vivimos. Mis padres se fueron hace un mes para ayudar a las otras ciudades, ellos son emperadores de esta ciudad.

- ¿Como se llama esta ciudad? - pregunta Alba.

En este mundo existe 7 ciudades, la estrella que posees en la mano, es de 7 puntas cada una representar un color diferente por cada ciudad diferente.

La primera ciudad se llama Alstroemeria, la segunda Girasol, la tercera Cerezos,

la cuarta Fresia, la quinta Orquídea, la sexta Loto y la séptima Tulipán, todas estas ciudades han sido asaltadas por trampolín excepto la ciudad de tulipán, en esta ciudad todos tenemos un violín.

Mis padres han hecho todo lo posible por detener a Trampolín, pero no pudieron por eso necesito tu ayuda cuando estaba en la casa de mi abuelo me conto sobre una chica que tocaba el violín era muy talentosa cada nota que creaba era maravillosa podías sentirlo en el corazón por eso agarré la estrella de 7 puntas y la enterré esa estrella te encontró te transporto aquí.

- Entonces... ¿me vas ayudar a detener a trampolín?

- ¡¡Claro que sí!! ¡¡Ahora somos policías musicales!!

- ¡¡Si!! – Gritamos eufóricamente.

- Necesitamos crear un plan para poder atraparlo... escuche rumores sobre que vivía en un campo muy alejado de las 7 ciudades dicen que hay que pasar por un pasaje.

- Entonces tenemos que encontrar ese túnel secreto.

- Creo que hay un mapa donde esta ese pasaje - dijo Alek dudoso - Esta en la oficina de mi papa.

- Vamos a buscarlo – dijimos a la vez, riéndose.

Empezamos a buscar en la oficina del papa de Alek, pero no encontrábamos nada, así que decidimos ir a buscar en la oficina de su mama.

Era una montaña de papeles, parecía que íbamos a terminar para el mes que viene, hasta que ente tanto papeleo.

- Lo encontré - dijo cansado - Por fin!!

- Vamos a ver qué tan lejos se esconde trampolín - dije astutamente.

- Me parece que si es lejos - digo desanimada.

- Parece lejos – empezó a explicarme que si tomamos otro camino sería más rápido – si tomamos ese camino vamos a llegar en 5 horas.

- 5 horas!? – dije sorprendida.

- Si, 5 horas – aclaro nuevamente.

A la mañana siguiente tuvimos que despertarnos a temprano para poder encontrar el pasaje y no perdernos al llegar.

Nos fuimos a la estación del tren, lamentablemente el tren no nos dejó exactamente donde el pasaje quedaba, así que tuvimos que caminar una hora más.

- Llegamos uff... ya no siento mis piernas- dije dramatizando.

- Estamos sincronizados.

- ¿Por qué?

- Porque me siento de la misma manera – sonrío.

- Ja ja ja – nos empezamos a reír.

- ¿Ese es el pasaje?

- Supongo que si – dice asintiendo con la cabeza de arriba hacia abajo.

- Entremos – digo valientemente.

El pasaje estaba tapado por arbustos, mientras entrabamos, se veía todo oscuro, no sabíamos si era el verdadero pasaje, nos asustamos. Pero, de q una luz nos empieza a iluminar, resulta que era nadie mas que Rome, el león que me estaba cuidando cuando llegue a este mundo. La melena de Rome estaba brillando de la misma

manera que el sol, me había quedados fascinada y encantada con su melena. Después de segundos me di cuenta que Rome ya no era un cachorro sino era un adulto.

- Rome!! - gritamos sorprendidos y asustados a la vez.
- ¿En qué momento nos empezó a seguir? – le pregunto.
- No se – dice dudoso – Lo importante es que vino en el momento indicado.
- Tenes toda la razón – asiento – Sigamos caminando ahora que podemos ver.

Cuando dejamos de caminar el oscuro pasaje se volvía más luminoso gracias a las hermosas y silvestres flores. Nos quedamos congelados, era como si hubiéramos encontrado una nueva ciudad, llena de azucenas de colores maravillosos, era un lugar totalmente hermoso.

No dimos cuenta que los instrumentos musicales que tanto buscábamos lo tenían los ciudadanos de esta ciudad, todos tocaban un diferente instrumento de cada ciudad diferente, por las calles se escuchaba los distintos sonidos musicales del saxofón, la guitarra, el koto, el tambor, el piano, la arpa y del violín.

Empezamos a preguntar a los ciudadanos donde habían conseguido los instrumentos, todos nos empezaron a decir que su emperador se los había conseguido cuando fue de viaje a otras ciudades.

- ¿Nos puede decir donde podemos encontrar a su emperador? – pregunte amablemente.

Nos dijeron que normalmente su emperador es una persona que no se la pasa todo el tiempo en su oficina, viaja todo el tiempo para buscar oro, para que todos los ciudadanos puedan comer y puedan disfrutar de la música como los ciudadanos de la estrella de 7 puntas.

Cuando lo encontramos nos dimos cuenta de que no era una mala persona solo quería que sus ciudadanos sean felices, nos dijo que tenía que hacerlo de esa manera porque al no tener suficiente oro nadie quería venderles nada, por eso tomaba esas medidas y cuando les pedía a los profesores de música que al menos les enseñe a tocar un instrumento se negaban porque sabía que no podían pagarle. Trampolín se vio obligado a sacarles a cada una de esas personas sus instrumentos, para que reflexionen y dejen de tratarlos de mala manera, ya que el oro solo les alcanzaba para la comida.

En ese momento decidimos que lo íbamos ayudar, a cambio de que devuelva todos los instrumentos a los otros ciudadanos. Ese mismo día firmaron un acuerdo de paz y ayuda, en el cual la ciudad Liliun se unía como la octava ciudad formando la estrella de 8 puntas.

Desde ese día todos estuvieron contentos y en armonía, tocando y cantando juntos. Empecé a escuchar la voz de mi papa, era algo imposible estaba en otro mundo como podría escucharlo. Al parecer en un abrir y cerrar de ojos estaba en mi casa.

- ¿Por qué cavaste un agujero y para que sacaste la caja de herramientas? - pregunta papa.
- Estaba jugando a los piratas – (si le digo no me va a creer) – pensé.
- ¿Cómo me encontraste?
- Te quedaste dormida, no te quisiste levantar
- ¿Estás seguro? – insisto.

-Si, te perdiste el gran desayuno que hizo mama – me dice mientras me hace upa. Pasaron 9 años, desde entonces no puede regresar a ver a Alek y a Rome, lo único que conservo de ese sueño son los recuerdos, lugares maravillosos y la estrella de 8 puntas de cristal como un collar.

Autora: Rocío Paredes

ESCAPE

Me he apagado, estoy en piloto automático y las sombras que nunca durmieron me acompañan. Estoy en un mundo acabado, un mundo en donde los gritos son sordos, el silencio hace ruido y vacío llena todos los espacios.

En un mundo así lo único que queda es...escapar.

El viento movía las copas de los árboles, las hacía bailar con un frenesí propio de la violencia, las hojas se desprendían con un susurro lastimero y se acercaban a mi con rapidez, crujían a mi paso. El aroma fresco de las flores se volvió el perfume que siempre desee llevar y los miedos quedaron guardados en mi bolsillo.

En cada paso más cerca del abismo el reloj se torcía, las horas desbordaron en significados inentendibles. Es entonces que la monotonía, en la tormenta de un reloj, se quebró y cambió el significado del destino, cambió el rumbo de mi camino.

Mis manos se aferraron con mas fuerzas a ese metal frío, temblando de determinación. Mi respiración se aceleró con el esfuerzo y mis ojos se llenaron de lágrimas, amenazando con llover. Mi pecho tembló ante mis jadeos y mi corazón pidió a gritos que parara.

Bum-bum Bum-bum.

El rítmico sonido me acompañaba en cada paso más cerca del borde, el cielo se volvió eterno y el día se congeló en mi suspiro. Mi cabello flotaba como una capa, ondeando ante la brisa que bañaba con rabia mi cuerpo.

Bum-bum Bum-bum.

El camino se volvió irregular, mis piernas comenzaron a temblar. No quería detenerme.

Resbalé. Caí. Grité y nadie me escuchó, el día comenzó a girar y la noche se alzó, el cielo se volvió efímero, tan fugaz como la vida entera, y el suelo se aproximó a mi cuerpo. Mis rodillas ardían, mis manos parecían perder su sensibilidad. La tierra y el polvo de donde provenía parecían reclamarme.

Resbalé. Caí. Grité y nadie me escuchó, entonces abrí los ojos.

Por lo menos mi bicicleta estaba intacta.

Autora: Tamara Zeno

POESÍA – ADULTOS

LA PARTIDA

Invierno, no me busques. He partido.
Sin brújula, ni guía de estrellas.
Solísima. Cruzando diagonales imposibles,
Llena de baches y semáforos amarillos.
¡Alerta roja en la calle abandonada!
Arrojaré despojos de oscuridad obscena.
Y me iré entre lomas
en la firme paz de la montaña
a beber el viento, a rescatar la memoria,
a susurrarle al amor sin hacer ruido
y sembrar otra vez, la primera semilla.

Autora: Delia Ester Gattone

SETENTA VECES BESOS

Amar a los setenta
es encontrarnos
en ojos que sonríen
y que besan.

Es enredarnos
en sábanas calientes
es despertar
de algunas travesuras
ser cómplices
de todos los abrazos.

Amar a los setenta
es ser parte
de una asociación ilícita
declararnos felizmente
culpables del disfrute.

Si entre los dos
sumamos más de cien años

debemos asumir
que somos inimputables.

Vamos a amarnos
en los parques
en las calles
entre cuatro paredes, en un cine.
En cuarentena o no.

Vamos a amarnos
a caricias
a pecho abierto
a la vista de todos
o a escondidas
a los gritos risueños
o en silencio.

Hagamos del amor
un juego-fuego
un haz de luz
un puerto para dos.

Autora: Rosa Ester Rodríguez

POESÍA SUB 15

PARTES

Solo tu alma podría soportar la música de mi oscuridad
el silencio incómodo del reencuentro
de nuestra última muerte
junto a la fría compañía de un rostro
(voces eclipsadas nos recitan poemas de tiempos pasados
apabullando nuestra conciencia)
únicamente mi alma podría soportar el silencio de tu simpleza
la musicalidad de tu esencia
su faceta más oscura
en el otro lado.

Autora: Oriana Pilar Tuttobene Sanabria

POESÍA SUB 18

“Acordarse”

Volver a pisar la baldosa floja.
Ajustar las cuerdas en la garganta.
Caerte
estando de pie
es acordarte.
La memoria de instantánea,
tangibile
palabra escrita, papel roto.
De memoria y fuego
guardo recuerdo de carbón.
Olvidar
es incendio,
pero refugio.
De moretones
aún tengo escondite.
Sin historia
soy sombra fugaz,

sin pasado
libre,
sin nombre
sombra.

Autora: Victoria Borzi

LOS AMANTES

La oigo decir:
«Qué de mí es mío si todo lo siento ajeno.
Me desespera ser otra, me descontenta ser yo;
cómo duele no saberse.

No sé si mi tristeza es eterna o es esta muy joven
¡pero en esa incertidumbre mi soledad se siente inmortal!

De amores, mi vida, no sé.
No pretendas de mí tanto, no me pidas que no.

Si el cuerpo mío dependiera de mí, amor...
Si dependiera de mí no sufriríamos así».

Desconozco, ignoro, desestimo que exista
en otra casa, en otra parte, en otro cuerpo tanta aflicción.
¡Qué increíble e impercedera agonía tenerla cerca y no en mis brazos!

Ya no la oigo, ya no me oye.
Y yo, que soy un hombre, no paro de llorarla.

Autora: Camila Ferro

PÁJAROS ALADOS

El encierro parece voraz,
Ante días que se consumen
Como llamas de inviernos incandescentes.
Las alas parecen vibrar
A un fuego que parece doblegar
Cenizas de pájaros alados.

La libertad es un sueño
El amanecer
Eternidad;
Como la llama más viva que nos brinda el sueño
Pero si está viva, no es eterna.

Autora: Lucía Zabalza

MI TORTURA MÁS BONITA

Mi mamá me decía que a las personas se las tiene que amar fuerte y claro.
Porque si es difícil distinguir tu cariño, se les oscurece el corazón.
Odio escribirte, no puedo dejar de hacerlo.
El mensajito de "me quede dormido". Mi cumpleaños olvidado, nuestro apodo.
Aunque Gironde condene. Deseo enamorarme de una caja de hierro.
Ya no sé si es amor o tortura.
¿Cómo expreso la cantidad de él que almaceno? ¿Cómo corto el llanto de tu ausencia?
Que no es ausencia porque es cada vez más presente. Hasta en mis sueños te extraño.
Te tengo acá y te necesito un poco más. Como si me faltara la mitad de mí, me faltas.
Y trato de convencerme de que estas. Que me querés, que te cuesta expresarlo.
No todos queremos igual, algunos lo hacemos de formas más ruidosas y notorias.
Besos debajo de la lluvia, charlas profundas, manos nerviosas, y roces suaves.
A otros se les desborda por los ojos el cariño. Hay que saber verlo.
Para ellos es más fácil escalar los Alpes sin equipo, que decirte como te quieren.
Por ahí porque nadie les enseñó a querer a todo cuerpo y alma.
Yo entendí a Pescetti, salir con los pelos locos. Otros no.
Si un día resulta verdad que tu cariño no es mudo, sino inexistente.
No me voy a morir. Voy a despertar distinta. La persona que conoces se va a ir.
Todo vuelve ¿No? Como un regalo del destino.
Que incluso tal vez cruce nuestros caminos, como el presente que no nos supo dar.
En la forma más literal de la palabra, obsequio del tiempo.
Previo, te voy a llorar por el resto de mis días. Cuando pise la arena.
Encontrar tu buzo, un rastro de ilusión. Tus púas. Pato, tu perro.
La canción, el regalo más lindo que ya es pasado. Hoy no te canto, ni te nombro. Ya no.
Mi psicóloga dice que está bien llorar, yo digo que no lo necesito. ¿Por qué a vos?
Poco más, o menos tiempo pisado, la tierra lo cubre.
Tres meses pueden doler toda la vida, de los nuestros una eternidad.
En otras bocas, con suerte, la energía de mi alma inundada en lágrimas,

escriba mi nombre en tu mente como anhelo, y te duela un poquito el pecho.
No sé si el futuro que escribí exista. Nos vemos agasajados con ahora.
Te propongo y te ofrendo la posibilidad de amarnos con realidad.
Voy a entender tus sentimientos bajo llave. Vas a entender mi intensa forma de querer.
Y usted, mi naranja completa. Mi parte de cable a tierra.
Va a rodar conmigo hasta la orilla de algún mar, que tenga el privilegio de vernos amar.
Hasta que se transforme en raíces del árbol de naranjos que alguna vez fuimos.

Autora: Lucila Jazmín Fernández